

Constantino Asuero Ruiz

Ocho días al Pueblo

FIESTAS EN RIAZA

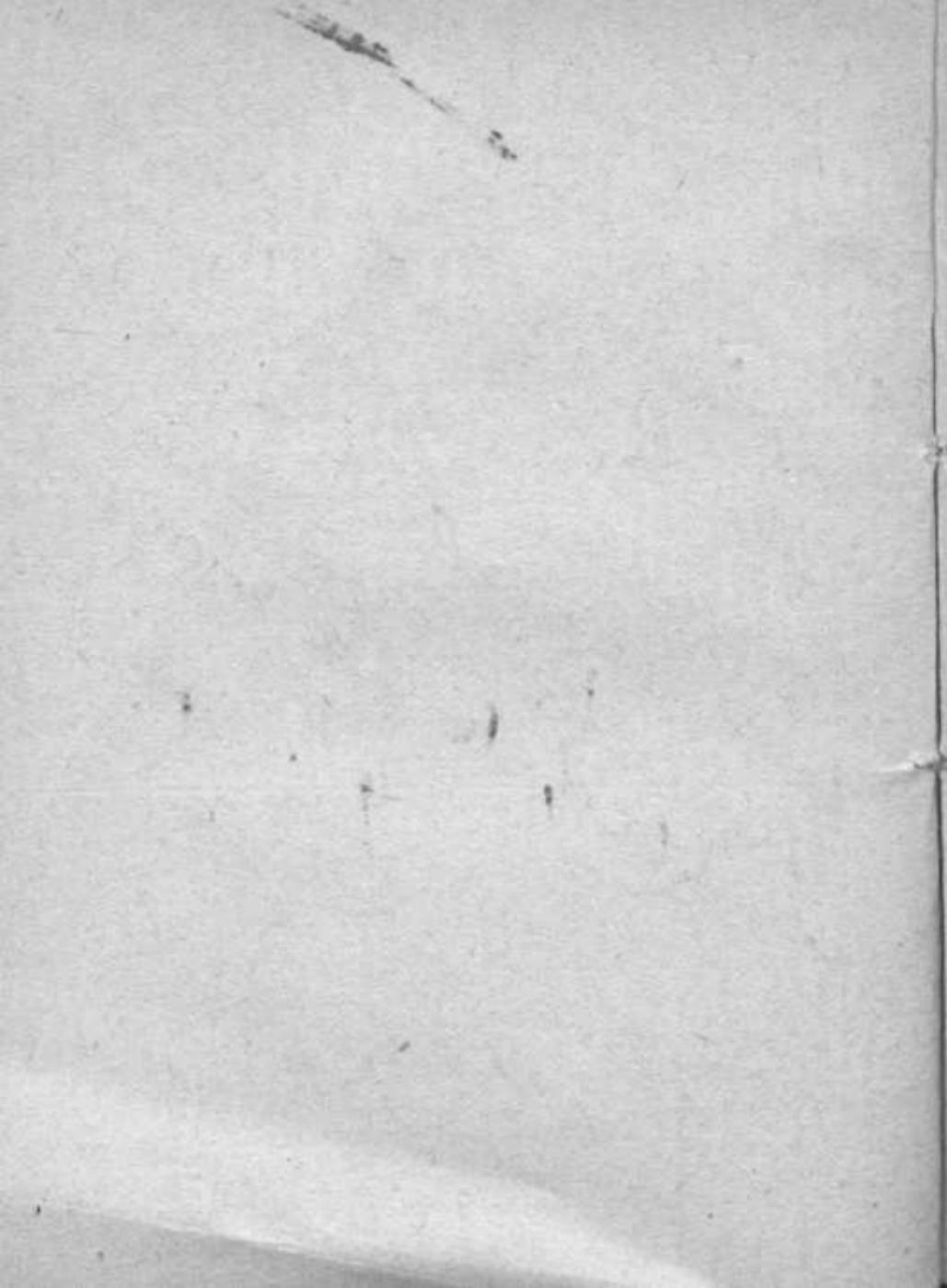


MADRID
INDUSTRIAL GRÁFICA, REYES, 21
1925



Al joven ~~sugetivo?~~
admirado y glorioso
maximamente - Por los
literatos, etc. etc. Con los
hermandades Aueca con
todo el afecto y agrado
cimentado, por su buena
amistad, de que es capaz
Thirino

Afort. - 829



Constantino Asuero Ruiz

D6cl
A

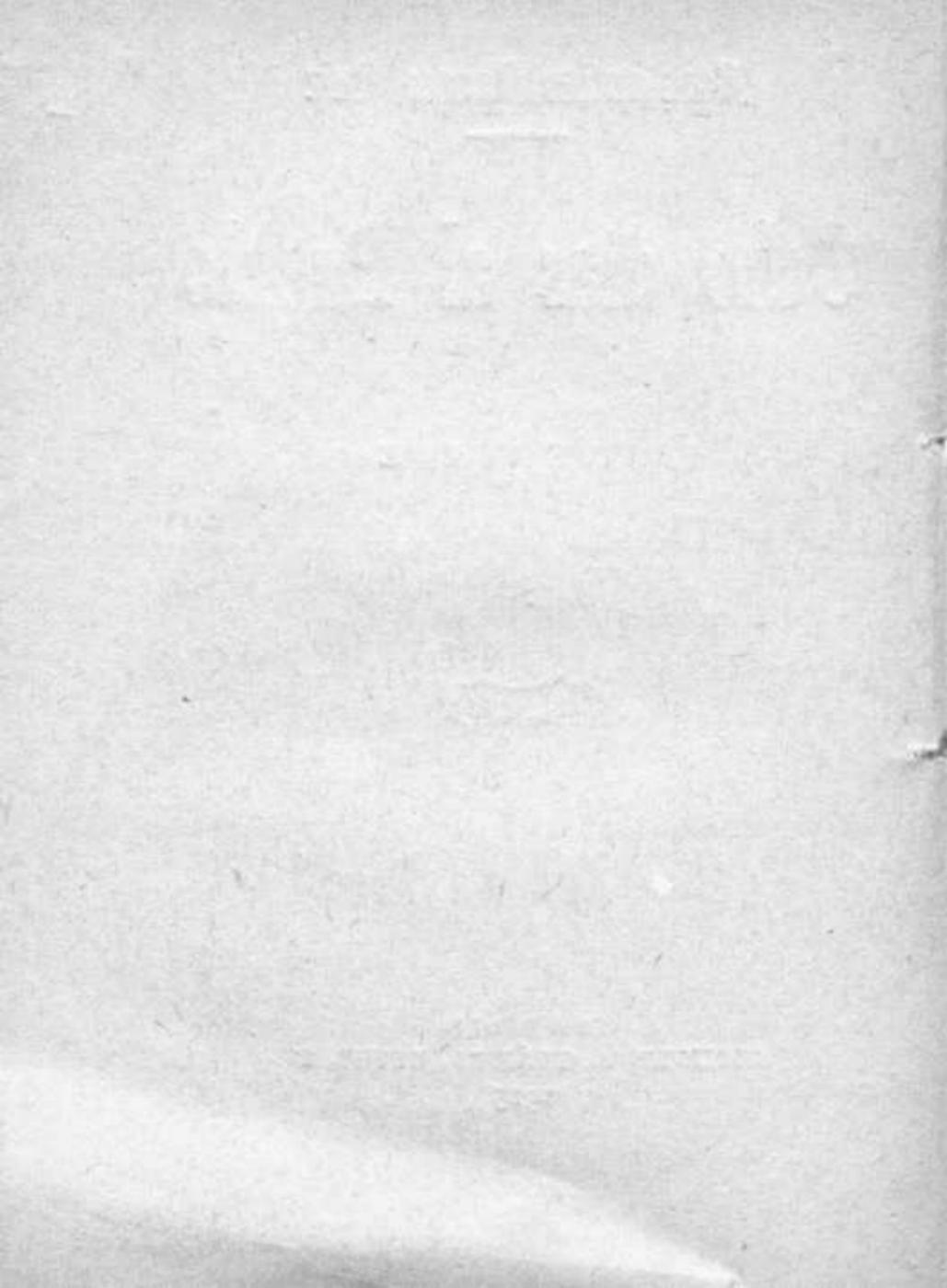
Ocho días al Pueblo

FIESTAS EN RIAZA



MADRID
INDUSTRIAL GRÁFICA, REYES, 21
1925

R. 45604



PROLOGO

Una sola cosa quiero advertir a los que me lean, que sirva de justificación a lo que pudiera parecer una osadía en mí, al dar a la estampa un libro cuando apenas he aprendido a leer.

Acabo de cumplir diez y siete años y no puedo ostentar más título que el de Bachiller, obtenido en cuatro años naturales, los dos últimos cursos alternados con tres oposiciones, de las «que no quiero acordarme»... Las tres primeras estaciones de mi «via crucis».

He nacido en un periódico. Los primeros seres que me vieron en este «pícaro mundo» fue-

ron los repartidores del periódico. Los últimos serán los primeros.

Al soltar la teta, y para olvidarla, me distraía yo viendo doblar y empaquetar los periódicos para enviarlos a las estaciones. Estos operarios, que se llaman 'cerradores,' pegadores y cargadores, suelen ser a la vez repartidores, y constituyen el «Finis coronat opus» de los periódicos.

A los cinco años, en plena marcha ascensional, o sea cuando ya podía yo subir y bajar las escaleras, iba y venía con los ordenanzas de la redacción a la imprenta y viceversa, llevando original y trayendo pruebas. De este modo veía a mi placer la imprenta, con sus cajas con muchos cajoncitos, las máquinas de imprimir y las linotipias después, viendo componer el original, sacar pruebas, ajustar las formas y tirar el periódico para que los cerradores y

repartidores lo distribuyeran por Madrid, provincias y extranjero.

Con estas distracciones llegué a la edad del ingreso en el Instituto de Cisneros, y como ya sabía leer algo, solía pasar los ratos de ocio en otra dependencia del periódico que se llama corrección. Esta corrección está formada por un corrector que lee y corrige las pruebas antes de pasarlas a la redacción, y un atendedor que va leyendo mentalmente los originales al mismo tiempo que el corrector lee las pruebas en alta voz, y que llama la atención del corrector cuando lo que lee no se ajusta a lo que dice el original. Llegué a sustituir alguna vez al atendedor cuando éste tenía que abandonar su sitio, en las ausencias o enfermedades, y por último, al quedar vacante la plaza, me la concedieron a mí.

Tenía por entonces trece años, y estaba en el quinto del Ba-

chillerato. Había fracasado en dos oposiciones, pero como ganaba ya mis buenos duros semanales me consolé pronto. En los ratos libres componía, sacaba pruebas, ajustaba, etc.

Por el mismo procedimiento seguido hasta aquí, y aprovechando la primera ocasión que se me presentó, empecé por sustituir al revistero taurino en una novillada que se celebró el 8 de abril de 1923, y en la que toreañon «Pedrucho», Correa Montes y Cabeza. Henchido de satisfacción, y hasta orgulloso del papel que iba representando, presencié la corrida, hice la revista, y al día siguiente tuve la inmensa satisfacción de verla publicada en el periódico.

Desde aquel día, mandándome o sin mandarme, no ha pasado un sólo domingo, único día que mi habitual ocupación me dejaba libre, sin que haya realizado algún trabajo infor-

mativo, no contando para esto con más facilidades que mi buena voluntad y mi deseo de verlo publicado. Unas veces lo he conseguido y otras no.

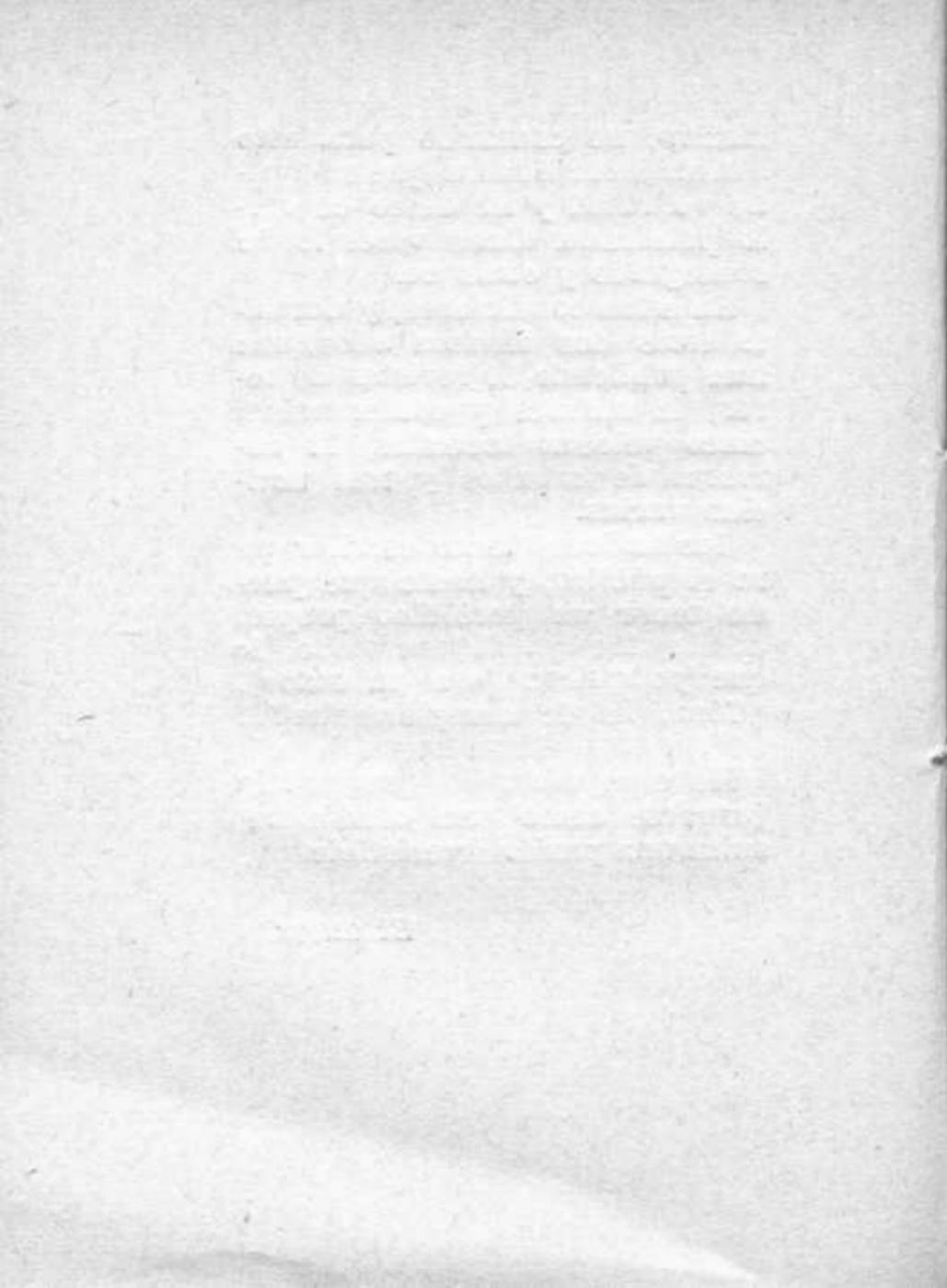
En estas condiciones, y durante estos dos últimos años, me han publicado 30 revistas de toros, 12 mítines y conferencias, cinco veladas teatrales, 12 carreras de caballos y tres noticias varias.

Gustándome tanto escribir para el público, y hasta que pueda tener un periódico propio, donde me publiquen todo lo que yo quiera («va pa rato»). ¿Cómo he de arreglármelas?...

Pues... publicando un libro.

He aquí cómo lo que podría juzgarse como una osadía resulta una pasión irresistible.

El autor.



El viaje

Para dar algún descanso al espíritu y reponer las energías gastadas en uno y otro año de reclusión continua y para cambiar de ambiente, pues en verano calientan demasiado las aceras de Rosales y de la Castellana, hemos decidido pasar los ocho días de vacación en un pueblo, eligiendo para esto aquel en que por tener parientes nos ha de resultar más barato y más cómodo, aunque no sea muy elegante.

Para hacer el viaje con relativas, pero muy relati-

vas, comodidad y economía, hay que proveerse del billete en alguna de las dos administraciones de los automóviles de línea que realizan alternativamente este servicio: la Castellana y la Continental, mediante el estipendio de 14,85 pesetas. ¿Véis, queridos lectores, cómo la economía es muy relativa? Por ese precio podéis ir en tren a... Valladolid, a Soria, a Calatayud, a Cuenca...

En las proximidades de las fiestas de los pueblos del trayecto hay que sacar el billete con ocho, diez o quince días de anticipación, si no se quiere quedar en tierra o tener que ir en la baca que es peor. Cuando llega el día señalado hay que presentarse en el sitio de salida con una hora de anticipación para elegir el punto estratégico desde donde se procederá al asalto del auto. El número de orden de los billetes no sirve para nada. El que primero pue-

de escalar el coche elige sitio. Los últimos en trepar son los primeros que quedan fuera de él. El cronista, que es alto y delgado, se enhebró en el auto por una ventanilla lateral, mientras los demás viajeros se apelotonaban en la portezuela.

Una reciente inspección que se celebró por el Ayuntamiento madrileño hace poco, en toda esta clase de vehículos para procurar que estuvieran en buen estado, nos hizo concebir la vana esperanza de que nos encontraríamos, si no con coches enteramente nuevos, por lo menos cómodos y limpios. Pero, ¡oh decepción! Los coches sí han sido pintados por dentro y fuera, pero nada más.

Los inspectores no encontraron defectos en los motores, en las ballestas, en las ruedas, ni en otros componentes del vehículo que tanto afectan a la comodidad y seguridad de los viajeros.

Las inspecciones deben hacerlas las autoridades sin convocatoria ni previo aviso cualquier día, al emprender los viajes o en pleno recorrido, y muy especialmente en las proximidades de las ferias o fiestas de los pueblos de su trayecto. Así verían cómo los servicios son muy distintos de los de las revistas de gran espectáculo.

Otra cosa de la que las autoridades no se han ocupado, con grave riesgo de los ocupantes de estos autos, es de la carga máxima.

Ya en el coche, y sin estar acoplados todavía los viajeros (este acoplamiento se va haciendo poco a poco a compas de las sacudidas del motor sobre la carrocería y de las ruedas sobre el pavimento), emprendemos la marcha media hora después de la fijada para la salida, calle de Bravo Murillo arriba, Cuatro Caminos, Tetuán, Fuencarral... Son las nueve y estamos más

allá de San Sebastián de los Reyes. Pasamos por el Molar a las diez. Desde este punto el automóvil va callado. Ya no sueñan canciones ni chillidos. La mayoría de los viajeros van comiendo la clásica tortilla de los viajes, y a las doce en Buitrago, último pueblo de la provincia de Madrid, que pasamos.

Allí hay teléfono, y comunicamos a nuestra familia en Madrid que vamos bien. Esta atención es obligada, pues sabemos cuando salimos, pero no sabemos cuándo ni cómo llegaremos.

El viaje es excesivamente largo, por las muchas paradas que hacen los autos en los pueblos del trayecto. Estos altos en el camino debían estar reglamentados, tendiendo a que fuesen los menos y lo más cortos posibles. Siempre se llega después de la hora fijada, aunque no ocurra nada anormal en el viaje, porque cuando sucede alguna avería se suele tardar doce

o catorce horas viendo esto im-
pasibles las autoridades que po-
dían ocuparse de ello, y por lo
menos, aunque no se consiguie-
ra nada, se vería interés en
ellas por evitar tales cosas, que
tan graves son para el pobre
viajero.

Para los jóvenes, y más si va-
mos a fiestas, es más llevadero
el viaje; pero para las personas
de alguna edad que van a sus
negocios o a asuntos familiares,
no siempre halagüenos, debe ser
horrible.

La carretera también está
bien conservada. Esto, que es
casi general en las carreteras
de España, en ésta, que tiene si-
tios peligrosos, es deplorable.

II

El pueblo

Podemos decir que Riaza se adivina en el puerto de Somosierra. Desde allí se ve en la sierra un gran punto blanco, que es lo que a tantos kilómetros se reduce la hermosa pradera de Hontanares y su ermita. Entonces, sin querer, se siente uno ya en la noble villa segoviana, situada cerca de la sierra de Ayllón, en la parte oriental de la provincia de Segovia, en terreno montuoso hacia el Este y algo llano en el Oeste, bañado por el río Riaza, del que cree-

mos toma el nombre, y que nace, según el señor Gómez de Arteche, en unos manantiales a dos kilómetros de Riofrío.

Después de pasar el último pueblo de la línea, Castillejo de Mesleón, y de correr un buen trayecto, se contemplan a la derecha los «hoteles» construídos por el doctor Tapia, y poco después vemos «el Rasero» con la ermita de San Roque, sus cruces de piedra y las traseras de las primeras casas de Riaza.

Este pueblo va adquiriendo carácter de sitio veraniego, puesto que su colonia, por el tiempo que en Madrid aprieta el calor, la componen muchas personas que se alojan en los hermosos hoteles del doctor Tapia o en confortables casas que ofrecen al alquiler, por precios adaptables, sus habitantes.

Entre aquélla, muy numerosa, figuraban, además de la familia del notable doctor Tapia, el general Ampudia, el distin-

guido periodista y exdiputado a Cortes don Julio Bethencourt (Angel Guerra), el notable escritor señor Pérez de Ayala, el ingeniero señor Gelabert, y los señores Maturana, Melgar, Del Valle, Illana, señora viuda de Manera e hijas, señora y señoritas de Mendicuti, el ilustre pintor señor Llasera y señores de Latorre e hijas.

La gente acude en masa a recibir al «auto de Madrid» para curiosear quién llega, y si no le conocen tratar de «sacarle por la pinta», que significa encontrar al viajero ignorado algún parecido con las familias de la localidad. En medio de esta muchedumbre ansiosa de saber algo se desciende del automóvil en la plaza. Esta es grande y cuadrada, y en su centro está la pomposa Casa Consistorial, con un rótulo a un lado, que en letras grandes pone: «Plaza de la Constitución», y al otro lado, el escudo de Ríaza,

en el que figuran dos truchas

Recorriendo el pueblo, que es de gran extensión, se nota su aspecto, en general antiguo. Históricamente se sabe de él que fué destruído en las primeras guerras con los árabes, y reedificado en el siglo X.

A la espalda de la Casa de la Villa se encuentra la Iglesia, dedicada a Nuestra Señora del Manto, que es grande y tiene una alta torre, con un reloj de una sola aguja.

A los habitantes de este pueblo les caracteriza una gran simpatía, que hace más agradable y hospitalaria la estancia en este lugar.

III

Las fiestas

Por la víspera se conocen las fiestas, que empezaron en este pueblo que me brinda en abundancia sosiego y descanso, con la llegada de una banda de música de Segovia que amenizaría el baile durante los días grandes, en vez de hacerlo la clásica dulzaina y el tamboril, harto oídos por estos ciudadanos, en su mayoría labradores que saben trabajar mucho y sufrir con resignación los cambios del tiempo que a veces les lleva a la ruina, las contribu-

ciones que hacen difícil su vida y las demás miserias humanas que les acompañan.

Tocó la música lo que podríamos llamar «prueba» en la plaza Mayor, y el baile se generalizó, y desde la veraneante frívola a la ingenua lugareña halló su pareja y danzó sin descanso hasta que las notas de una jota vibrante pusieron fin al baile y los bailarines se dirigieron a sus casas, mientras las campanas de la iglesia anunciaban el mediodía.

Por la tarde reuniéronse bailarines y danzarinas otra vez en la plaza para seguir haciendo lo mismo que por la mañana: el más agradable de los ejercicios físicos. Gimnasia rítmica en la que actúan todos los sentidos corporales a la vez.

Por la noche continuó el baile... y así pasó el sábado (12 de septiembre).

Llegó el domingo con un sol espléndido y un calor poco co-

mún en la sierra. Era el día de la Virgen, y a la romería que se celebra en las inmediaciones de su ermita afluíá gran número de personas de todas clases sociales. Por la cuesta que forma la carretera, en tal mal estado como todas, valiéndose de los medios de transporte axequibles a su condición, se dirigían al alto de la sierra, unos, para rendir su tributo de adoración a la Patrona del pueblo, y otros a echar una cana al aire.

Brillaba el sol con toda la fuerza del mediodía, cuando, después de celebrada misa solemne, salió la procesión, compuesta de dos imágenes pequeñas, representativas de los niños de la Virgen, y otra grande, hermosa, de la Virgen de Hontanares. Durante el recorrido por la pradera que circunda a la ermita, la clásica dulzaina va lanzando al aire los sonos del típico baile de la

«rueda», y todos los naturales de esta villa, amantes de la tradición, se lanzan a bailar alegremente por delante de la Virgen durante todo el trayecto, tirando sus gorras al aire y dando vivas a la Virgen de Hontanares hasta su regreso a la puerta de la ermita.

Allí se subasta el derecho a entrar a la Virgen en su recinto, concediéndose cada «palo» de las andas al mejor postor. Este acto suele dar ocasión a que se exteriorice la rivalidad latente entre algunos convecinos. Los más ricos, los más desprendidos se disputan con tesón el lugar preferente. De estas «pujas» pasionales suele esperarse a veces y a veces conseguirse el esplendor en los cultos.

Lo mismo que con la Virgen, se ha hecho antes con los dos niños que la preceden.

Una vez dentro de la iglesia, y mientras suben las imágenes

a sus tronos respectivos, el pueblo entona con fervor una salve.

Cumplido este deber religioso se procede al anhelado yantar. Este se compone, por lo general, del succulento cocido castellano, cordero asado... rociado todo ello con el vino de la Ribera y sazonado con risas y alborozos encantadores. Su buen año de fatigas y privaciones les ha costado este día de expansión fraternal.

Aprovechando el espacio de tiempo que nos queda hasta la hora del baile convenimos hacer una de esas excursiones que tanto han caricaturizado los escritores festivos, y que, a pesar de ello, resultan muy amenas. Nos indican como más notable la de la «Fuente de las Tres Gotas». Emprendemos el obligado ascenso, que se presenta muy difícil, y una vez arriba vemos lo que da nombre a esta cima. La Fuente de las Tres Gotas está formada por

dos grandes rocas que unidas por arriba forman una pequeña cueva de cuyo centro pende una estalactita. Según la tradición, en esta gruta apareció la Virgen, y al cumplirse el aniversario de esta aparición la estalactita deja caer tres gotas: de agua, aceite y vinagre.

Esta excursión resulta cara, pues suele costarle al visitante un par de zapatos y un traje, amén de algunos rasguños.

Cuando volvimos de la jira, el baile estaba en todo su apogeo. Y al dejar, ya anochecido, la romería para volver al pueblo pensábamos en qué habrían pedido los romeros a su Virgen.

Creemos que lo anhelado sería una constante protección de la Madre de Dios, ya que ésta es la única con que en este mundo pueden contar.

IV

La Fiesta de la Flor

El lunes por la mañana se verificó la Fiesta de la Flor, cuyo resultado económico se destinaba a los pobres del pueblo. Postularon algunas distinguidas señoritas de la colonia acompañadas por las muchachas más notables de Riaza, todas muy guapas. Se obtuvo una brillante recaudación.

Todas las bellas muchachas que formaron el «cuerpo de recaudación» «saquearon» a la gente joven, y cuando vimos prender la caritativa florecilla

en el lado izquierdo de un «asaltado» y contemplamos la belleza de la postulante nos preguntamos, ¿quién sabe si el pinchazo lo habrá recibido en el corazón...?

V

Los toros

Las corridas de toros que todos los años se celebran durante las fiestas en este pueblo ofrecen este año la variedad de lidiarse seis toros en vez de cuatro que, en dos días, se lidiaban otros años. Con este motivo se pidió permiso al gobernador de la provincia para que el número de días que se celebrasen corridas fuese el de tres; pero la primera autoridad de la provincia lo negó, ocasionando una gran pérdida al comercio, puesto que de haber ha-

bido corrida un día más la gente, muy numerosa, que acude siempre a estas fiestas taurinas habría prolongado su estancia y algo habrían ganado los dueños de fondas y posadas, y el comercio en general.

¿Qué habrían de ofrecer de notable las corridas de toros al asiduo asistente a la plaza de Madrid? Únicamente el ambiente, el aspecto de los tablados o tendidos, el color...

En estas corridas toreó cuatro toros de Vicente Torres Antonio Ruiz, que alcanzó un gran éxito, cortando una oreja y saliendo en hombros como los buenos, y al que caracteriza una gran valentía, acompañada de un conocimiento de su arriesgada profesión y un buen arte, que hacen de él un torero completo y de «postín».

Se presentó con dos becerros de la misma ganadería Félix González, un joven que procura hacerse cartel por los pue-

blos de aquel contorno y que cuenta con muchas simpatías.

En los días de toros hemos podido apreciar al pasar por las eras cómo algunos labradores trillaban, otros abeldaban, recogían la paja, barrían la era... Y cuándo contemplábamos su continuo afanar en medio de los días de «las fiestas» pensábamos: ¿cómo a estos hombres honrados y humildes no ha de atormentar la triste idea de lo que es su vida, llena de privaciones, sin tregua, sin reposo, al lado de la de los veraneantes, superficial y aparentemente holgada, desdñosa...?

¡Que la Virgen de Hontanares, su Virgen con dos niños, les consuele y anime y no les deje tiempo ni para mirarl

VI

Los bailes

Es Riaza, como casi todos los pueblos que no tienen otras diversiones, lugar eminentemente bailarín. Durante estas fiestas, aparte del baile público que se verificaba en la plaza Mayor por mañana, tarde y noche, hasta las doce, se celebraban bailes de sociedad en el Casino de Riaza, al terminar el de la plaza por la noche, y por las tardes en el rotulado «Café Público» y al que convendría suprimir el adjetivo o sustituirlo por otro; los del

pueblo le llaman Nuevo Café.

Al antiguo de «La Armonía» asistía por las tardes la juventud veraniega de la colonia y lo más notable de la Riaza, dificultándose la entrada a la sencilla y humilde juventud lugareña, cosa que no nos parece muy democrática.

Por las noches la entrada en este baile era libre para las mujeres y de pago para los hombres, como es lo corriente, aunque no lo más conveniente para las muchachas.

Asistimos a este baile una noche. La afluencia de gente era extraordinaria, y fué imposible dar un paso por el salón de baile, donde al son de un organillo bailaban como sabían o como podían, pero con gran complacencia, hasta un centenar de parejas.

A la noche siguiente fuimos al de sociedad que se celebraba en el Casino. A este salón podían asistir los socios o sus fa-



milias, los forasteros todos y los riazanos que llevasen en Riaza menos de una semana, teniendo que pagar los componentes del sexo feo ¡dos pesetas!, no se para qué «músicas». ¡A los del feo siempre nos toca bailar con la más fea! ¡Cosa natural!

Concurrían a este baile las muchachas más bonitas y distinguidas. Vimos a las gentilísimas Luisa y María Carrasco, Adela y Carmen del Valle, Celestina Barbolla, Teresa González, Encarna y Nati Provencio, Julia Uceda, Pepita y Paz Alonso. Tan simpáticas como guapas, María Luz Tapia, Carmen, Mercedes e Isabel Manera, Juanita Alonso, Niní y Arminda Ampudia, Carmen Sanz Redondo, Carmencita Rodríguez, Carmen y Teresa Gil, Aguedita García, Cuchi Latorre, Goya y Poncha Moreno.

Guapas, muy guapas, Rosario Torrego, Isabelita González Gó-

mez, Juana y Teresa Gonzalo Basi Asuero, Emilia Martínez, María Luisa Melgar, Manola y Petra Ortego.

Echamos de menos la belleza de Juliana González, a quien una reciente desgracia de familia aleja de estas fiestas.

Entre ellos recordamos a Perico Gamonal, Jesús Rodríguez, Antonio Sánchez Albertos, Pepe Torrego, Mario, Rafael y Ricardo Tapia, Julio Gonzalo Ramos, Antonio y Juan Moreno, Pedro, Félix y Felipe Sanz Redondo, Periquín Pardo, Pepe Gómez Martínez, Ismael Roso de Luna, Paco Jiménez, Juanito Marqués, Zacarías Martínez, Fortunato Carrasco, Eugenio del Grado, Gerardo y Luis Ortego, Antonio González y muchos más que sentimos no recordar o no conocer.

Cantaban los vigilantes nocturnos «¡las cuatro y sereno!» cuando los bailarines cesaron de bailar, y nos dirigi-

mos a conceder al ajetreado cuerpo el bien ganado reposo en un confortable lecho, y quién sabe si para soñar con... aquella muchacha que tuvimos de pareja en la mayor parte de nuestras danzas.

¡Vaya para aquellas muchachas tan bonitas mi admiración más rendida, no en sueños, sino en este sencillo capítulo de mis recuerdos!

VII

De excursión

Hemos de hablar en este último capítulo de las excursiones que hemos realizado y de los lugares que hemos visitado durante nuestra estancia en Riaza, a cuyos habitantes envío desde aquí un último saludo efusivo y cordial, como se lo merecen.

Riofrío, pueblecito mísero cercano a Riaza, fué visitado una tarde por nosotros. En él nos recibieron unos cuantos chiquillos pobrementemente vestidos y sucios, que nos siguieron en todo

momento en nuestras andanzas por aquel villorrio de calles estrechas y cortas enclavado en una cuesta, sin que pudiéramos apreciar riqueza alguna agrícola o belleza natural y sin más industria ni comercio que la taberna.

Nos llamaron la atención unos palillos que había en remojo en unas pequeñas regueras, y cuando preguntamos para qué eran nos dijeron que se destinaban a los respaldos de las sillas. Fábrica de madera curvada de los tiempos de Tut-Ank-Hamen.

Volvimos de Riofrío a Riaza por la parte del monte, admirando tan bellos paisajes que suponemos habrán aprovechado para sus estudios los pensionados del Paular o el ilustre pintor Llasera, a quienes tuvimos ocasión de ver en Riaza.

La visita a la fábrica de paños que lleva por marca el nombre de la Patrona de Riaza nos

dió motivo para ver la belleza natural de la parte derecha del río.

De la fábrica no se puede decir que cuenta con todos los adelantos y perfeccionamientos, pero sí que trabaja con ahinco y entusiasmo y que sus productos, hechos más o menos toscamente, sostienen el crédito de una industria que tanta fama dió hace tiempo a esta comarca. Los pañeros de Riaza, como los de Béjar, eran antes más conocidos que los de Tarraza de ahora.

Los «Maellos» fué lugar espléndido que nos brindó saludable acomodo para merendar. Aunque la tarde en que los visitamos fué muy calurosa, en aquel sitio se notaba un fresco que hacía olvidar los calores sufridos, puesto que su arbolado no permite que dé el sol en ninguna de sus praderas. Un hermoso río de agua fresca y cristalina nos facilitó el preciado

elemento, que, según dicen, tiene la particularidad de abrir el apetito, sobre todo después del largo paseo que hay que dar para disfrutarlo.

De vuelta a Riaza, en la carretera de Riofrío, se nos atravesó un arcaico carro de bueyes que impedía el paso del auto que nos conducía, y añoramos la utilidad de los guardias de porra.

Otra tarde fuimos a ver la «Pena Hueca». Para llegar a ella hay dos caminos: uno por el camposanto, atravesando después el río; y otro, más simpático, pasando éste por el Puente Nuevo. Elegimos éste para volver por el primero, y tuvimos que pasar por una pequeña y empinada vereda que bordea el río a una altura de cuatro o cinco metros. En algunos sitios había que andar como los conejos o como las cabras.

Por último visitamos el cementerio. ¡Cómo no dedicar

una oración a nuestros muertos!

Está bien conservado y tiene valiosos mausoleos y lápidas, pero una urgente reforma del osario sería convenientísima para la salud pública y para evitar la profanación de los restos.

Y cuando dejamos tan triste lugar y el automóvil que nos conducía levantando nubes de humo y polvo corría veloz, como huyendo espantado de la última mansión de los hombres

«...medité un momento:
¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»

EPILOGO

Adiós

Se han acabado las fiestas y el tiempo que nos han dado de permiso toca a su fin.

A vosotros, labradores, os llama la tierra pidiéndoos el laboreo y abono que necesita para recibir la semilla prometedora de una abundante cosecha.

A nosotros, madrileños, nos reclama nuestra ciudad para recobrar el equilibrio que al ausentarse tantos veraneantes ha perdido durante unos meses. Nos promete unos festejos de otoño para que volvamos más

contentos y para que podam̄os devolveros en nuestra casa los obsequios recibidos en las vuestras. No queremos marcharnos sin daros millones de gracias por vuestra hospitalidad tan cariñosa, y aprovechar las últimas líneas de este libro para daros un consejo a todos.

A las autoridades, a los mayores contribuyentes y al comercio en general les aconsejamos que por amor a Riaza y a sus propios intereses se reúnan y formen una comisión de festejos que se encargue de confeccionar un programa de fiestas algo más atrayente que el actual. No sólo de baile y toros vive el pueblo. En el pueblo hay niños y ancianos que no bailan, pero que verían con gusto una iluminación con farolillos de colores, una colección de fuegos artificiales con algunos cohetes para la procesión, unas sesiones de cinematógrafo y números de circo en la plaza, hasta

que se pueda construir un salón-teatro donde podría representarse a la vez algunas obras teatrales por los aficionados del pueblo y de la colonia, y algún concurso de juegos atléticos: pelota, barra, etc. Todo esto es barato y además reproductivo.

A los habitantes de tan higiénica y encantadora villa les recomendaría que cuidaran con el mayor esmero cuanto a la limpieza y ornato de la población se refiera, y no vieran en los veraneantes a unos opulentos indianos a los que se les puede explotar sin temor a que sus bolsas queden exhaustas, pues los que vamos a pasar una temporada allí no somos Cresos ni mucho menos, aun cuando haya quien lo parezca o pretenda parecerlo.

Por último, a los veraneantes en general les voy a brindar la norma de conducta más ejemplar que yo he visto en Riaza, por si la consideran digna de

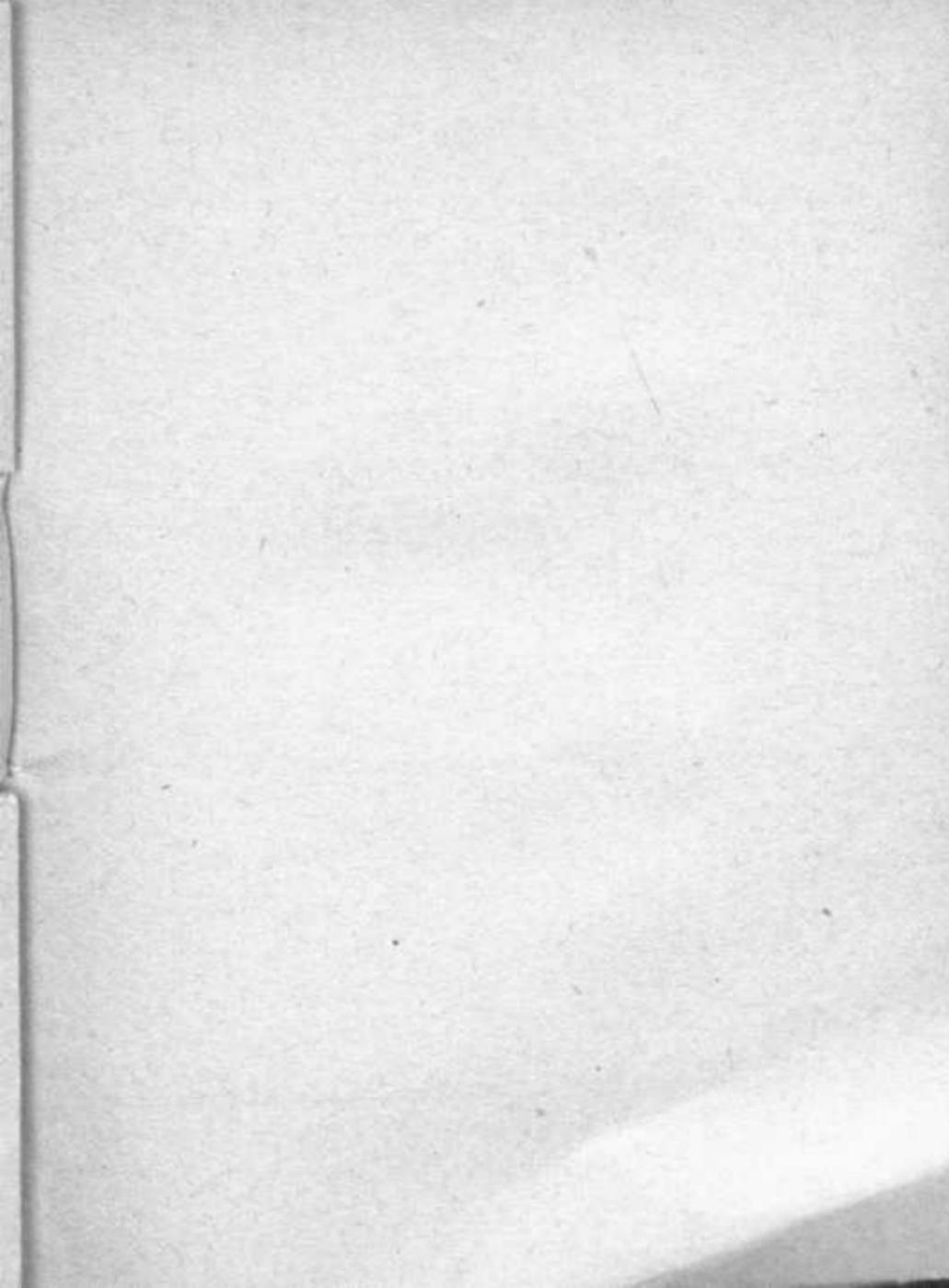
imitar dentro de lo posible.

Allí va todos los años, aunque no sea más que dos o tres días, un hijo de Riaza que en Madrid es dueño de uno de los mejores comercios de ropa blanca, y se presenta sin cuello, sin corbata, tocado con una gorri-lla y calzando unas comodísi-mas alpargatas argentinas. Ha-bla con todo el mundo, todos, hasta los chiquillos, le tutean, y no hay nadie que no le quiera hasta la adoración. Posee tam-bién en Madrid un acreditadí-simo restaurant, y aunque en su casa dispone de los vinos y licores más exquisitos entra en las tabernas de Riaza y se toma un «vermouth» o una copa de «matarratas» cuando un paisa-no cariñoso o agradecido le in-vida y puede considerar un des-precio el rehusarlo.

Propietario de un lujoso «ca-baret», no desdeña una moza o una vieja de su pueblo a la ho-ra de bailar «la rueda», y en

la procesión baila a su Virgen de Hontanares con la devoción y el entusiasmo de los quince años... Díganme los distinguidos veraneantes si todos pudiéramos hacer lo mismo, ¿no pasaríamos mejor el verano?

En la firme creencia de que está semblanza ha de dejar a todos un excelente sabor de boca hago punto.



PRECIO:

UNA PESETA

